

PRESENTACIÓN DEL “ATLAS HISTÓRICO DEL URBANISMO ESPAÑOL”.

11 de abril de 2024

Este acto tiene para mí una especial importancia personal: se ha hecho realidad un sueño en el que vengo trabajando desde hace mucho tiempo, desde que, en los años sesenta, cayó en mis manos el *Atlante di storia dell' urbanistica* de Morini, que me fascinó como admirable obra cultural y como útil instrumento de trabajo, con sus cientos de imágenes (¡en blanco y negro!) sobre la historia de la ciudad en el mundo, aunque lamentaba la escasa y no muy buena información que ofrecía sobre España. Desde entonces he venido acumulando material, principalmente cartográfico, para hacer algo parecido sobre España, y aunque, desde luego, no pueda decirse que yo sea realmente un historiador que se ha pasado cincuenta años investigando (como se dice exageradamente en la invitación con muy excesivo énfasis), lo cierto es que la historia sí que ha estado bastante presente en la base de mi dedicación urbanística profesional.

Quiero empezar agradeciendo a la Fundación Arquia que haya hecho posible este *Atlas* que ahora se presenta, superando las muchas complicaciones que suponía su peculiar naturaleza editorial, que rompía los formatos y los tipos habituales. Y que lo haya hecho con una comprensión y con una generosidad que deben quedar públicamente reconocidas. Vaya pues la expresión de ese grandísimo agradecimiento mío a toda la Fundación, a su presidente que nos honra con su presencia, y de modo particular a la directora, Sol Candela, que desde el primer momento creyó en el libro y ha seguido de cerca su elaboración, eficazmente ayudada por todo el magnífico y bello equipo editorial.

Por otra parte, no puedo dejar de señalar y agradecer, la importancia que ha tenido la labor de mis colaboradores. La excelente documentalista que es Beatriz Calvo ha revuelto archivos y bibliotecas, encontrando cosas que no habían sido antes publicadas, y ha aplicado su calidad de grafista a la realización de los dibujos y mapas auxiliares. Y por supuesto, quiero destacar la formidable cooperación, más que colaboración, de Ricardo Sánchez Lampreave cuya constante actuación, su siempre acertado consejo, y su sabiduría y exquisitez de arquitecto, profesor y editor, van mucho más allá de la completa organización formal de la obra.

Finalmente quiero agradecer también la presencia de estas dos figuras destacadas del mundo de la cultura que nos acompañan hoy, que han accedido generosamente a mi petición de actuar como ‘presentadores’, papel que ellos desbordan claramente con sus personalidades, dando al acto un valor muy superior al de una simple presentación.

De Carlos Sambricio, querido viejo amigo aunque mucho más joven que yo, puedo decir que a pesar de ello, ha tenido para mí un cierto papel magisterial, al asumir y continuar brillantemente la herencia de quienes fueron nuestros maestros en historia urbana, Chueca y Torres Balbás. Y también que he aprendido mucho en sus libros, acerca de cosas cuya investigación le ha hecho autoridad mundial.

A Rafael Moneo, también más joven que yo, lo conocí cuando ambos intentábamos ingresar en la Escuela de Arquitectura, lo que logramos al mismo tiempo, por lo que hicimos juntos toda la carrera, forjando una amistad que se ha mantenido muy afectiva, mientras que su ascenso a la gloria arquitectónica iba coincidiendo con mi abandono de

la arquitectura y mi completa dedicación al urbanismo. Ahora nos hemos reencontrado en la Academia de Bellas Artes, donde por deseo suyo fui yo quien contestó a su discurso de ingreso dándole la bienvenida. Gracias a ambos por haber querido acompañarme y espero con enorme interés vuestras opiniones sobre el libro.

Pero me gustaría decir a mí también algo sobre el libro. Algo que, más allá de su forma como exposición histórica, puede ser menos perceptible: que responde a una visión de la historia que no es completamente la del historiador tradicional sino la que podríamos llamar la 'historia del urbanista'. Mientras que al historiador le interesa el pasado para construir el conocimiento de cómo ocurrieron las cosas, al urbanista le interesa el pasado para entender como es el presente y actuar adecuadamente sobre él, preparando el futuro.

Para construir el conocimiento, los científicos parten de la observación de la realidad, algo que el historiador no puede hacer porque la realidad ya no está presente. Pero resulta que la cartografía histórica permite hacer algo tan difícil como es la observación del pasado, pues permite observar lo que iba siendo el presente en cada momento. De modo que una sucesión de planos de una ciudad, cronológicamente ordenados, permite conocer estados sucesivos de la evolución histórica de esa ciudad. Podemos ver, por ejemplo, que una alineación de edificios que aparece en uno de esos planos formando una calle, procede del modo en que esos edificios se construyeron, pegados a un lienzo de muralla, cubriéndolo, de modo que ya no se ve en ese plano, pero que sí aparece en un plano más antiguo.

Por eso, creo que para entender bien este libro, es conveniente asumir, con todas sus consecuencias conceptuales, que no es propiamente una historia del urbanismo, sino un atlas, y por eso la parte gráfica (y no el acopio erudito de datos) tiene el protagonismo ya que es ella la que proporciona la base principal de la información que sale de los planos, los cuales proporcionan otra razón para valorar esa parte gráfica, que es el propio interés plástico de esos planos, la especial belleza de los grabados. Aunque la reproducción fotográfica a dimensiones editoriales no pueda trasladar la hermosura del tamaño ni las especiales cualidades del papel de los originales, que enamoran a cualquier coleccionista. Reconozco que, personalmente, tuve desde muy pronto una gran debilidad por la cartografía histórica y que llegué a formar una colección muy interesante de planos antiguos, que en pequeña parte está ahora en la biblioteca de la Escuela de Arquitectura y que en gran parte me fue robada, cuando preparaba con ella, la maqueta de la primera versión de este libro, que iba editar el Consejo Superior de Colegios de Arquitectos, hace nada menos que treinta años.

Pues bien, escudriñar detalladamente los planos, con esa mirada del urbanista que quiere hacer de la historia un uso interesado para entender y construir la ciudad, puede exigir a veces reducir el campo de visión, recortar un espacio menor del plano, para concentrar la atención sobre él. Y eso se ha hecho también en el *Atlas*, lo cual ha hecho aparecer efectivamente detalles que podrían haber pasado inadvertidos. Pero, curiosamente, ello ha hecho aparecer además otra cosa interesante que ha afectado a la forma de presentar algunas imágenes. Porque el recorte, con la reproducción del pedazo correspondiente aislado, hace que la imagen sea diferente, que cambie cualitativamente, porque como nos enseñó André Malraux en su 'estética del fragmento', el reducido rectángulo elimina el contexto, la continuidad con lo que queda fuera y la pertenencia a un todo. Nuestra forma de percibir esa imagen ha cambiado.

Pero construir esa 'historia del urbanista' tiene sus problemas, porque de ese escudriñamiento de los planos, surgen cuestiones inesperadas que dificultan nuestra intención, ya que no es fácil encontrar pautas reiteradas en el comportamiento histórico de las ciudades y si, en cambio, la aparición, de sorpresas. ¿Por qué se han adosado los edificios a la muralla en ese pedazo de ella y no en el pedazo contiguo, que es semejante en todo y ha quedado sin cubrir y sin dar lugar a una calle? ¿Por qué en medio de un espacio urbano de características morfológicas homogéneas se inserta un fragmento de características completamente diferentes que lo rompe estridentemente? ¿Por qué una ciudad cuadrangular, que creció durante mucho tiempo por simple prolongación recta de sus calles, hizo de pronto un giro de varios grados y surgió una nueva cuadrícula girada, al lado de la inicial, creando graves problemas de ensamblaje en el borde entre ambas? ¿Por qué aparecen la limpia geometría racional de muchas plazas o el rotundo volumen de algunos edificios singulares dificultosamente incrustados en tejidos urbanos irregulares, totalmente ajenos y contradictorios?

Sabemos hoy, después del apasionante debate de los años sesenta y setenta sobre los fundamentos del conocimiento, que el estudio de la organización del espacio urbano y de sus transformaciones tiene que contar con la contingencia. Porque cuando se trata de cuestiones relacionadas con la cultura y con la acción humana (es decir, con aquello de lo que se ocupa la historia), desaparecen las regularidades y las repeticiones regidas por normas y leyes como esas a las que obligatoriamente se atiene en cambio, el comportamiento del mundo natural, siempre repetitivo. Porque sabemos que en el mundo de la cultura las cosas pueden ocurrir de un modo o pueden hacerlo de otro modo diferente, y también que, pudiendo ocurrir, pueden no hacerlo. Por eso, el análisis de los planos, en vez de mostrar solo una sucesión de hechos derivados de otros precedentes que serían su causa, muestra también una sucesión de discontinuidades y de rupturas entre las sucesivas situaciones urbanas que quedaron reflejadas en las sucesivas representaciones gráficas que se fueron haciendo de ellas. Es decir, que ese análisis detallado, más que aportar solo el registro de una evolución, con todos los hechos derivados causalmente de los anteriores, revela la abundancia de hechos inesperados y de procesos interrumpidos, para los que es difícil encontrar normas de comportamiento, reglas o regularidades.

¿Por qué es tan interesante entonces el estudio de la historia urbana así entendida? Yo creo que lo es porque saca a la luz la comprobación de la libertad en que está la acción, la conciencia de que la actuación sobre la ciudad no está condicionada y de que es ella, como producto de decisiones humanas libres que responden al pensamiento, la que construye libremente la continuación de la historia urbana, que no está predeterminada.

Para terminar, me gustaría añadir que deseo que sea con esta visión abierta e indeterminada de la historia, con la que lleguen todos los lectores al final de este libro. Final que se ocupa, un poco amargamente, de la situación actual de las ciudades, que parece caracterizada por la fragmentación, por la dispersión y por la insostenibilidad, dentro del marco general de una destrucción del medio ambiente que parece seguir sin remedio una marcha histórica inexorable. Y ello me gustaría, para que el libro pudiera tener un final más feliz. Porque, dado su carácter histórico riguroso, no me he atrevido a incluir en él previsiones de futuro, siempre inciertas y subjetivas. Pero sí que me atrevo en este momento un poco festivo e informal a expresar unos deseos que no van a quedar incorporados al rigor académico de la publicación. Y entonces, cuando digo en el final del libro que a partir del conocimiento que tenemos hoy de la negativa situación que ha adoptado últimamente el desarrollo urbano se está desarrollando un proceso que está

sometiendo a reconsideración los modos de actuación sobre la realidad urbana, me gustaría que se entendiese que creo que el urbanismo va a ser capaz de encontrar formas de frenar los efectos disolventes que, sobre esa realidad urbana, está produciendo actualmente el ‘capitalismo enloquecido’ del que hablaba Piketty, porque la historia nos enseña que, sobre los procesos naturales, actúa siempre, rompiéndolos, el voluntarismo surgido del pensamiento. Es evidente que se puede considerar un libro desde muchos puntos de vista, pero quería destacar ahora, casi como una clave, la importancia que tiene la forma de interrogar a la cartografía, porque creo que ahí está claramente el origen de este.

A este texto preparado para el acto, deseo añadir ahora esta nota complementaria que me parece necesaria:

En un momento dado del diálogo posterior a las intervenciones de los presentadores, y contestando a una pregunta sobre cómo había sido mi formación, respondí incomprensiblemente reduciéndola a mi relación con Bidagor, olvidando de modo imperdonable citar a quien considero mi verdadero maestro, que fue Torres Balbás, con quien aprendí a conocer y a hacer la historia urbana, en el período posterior a nuestra relación en la Escuela de Arquitectura, cuando dirigió mi primer trabajo de investigación sobre la formación urbanística del madrileño barrio de La Paloma, que se publicó, dedicado a él, después de su fallecimiento.